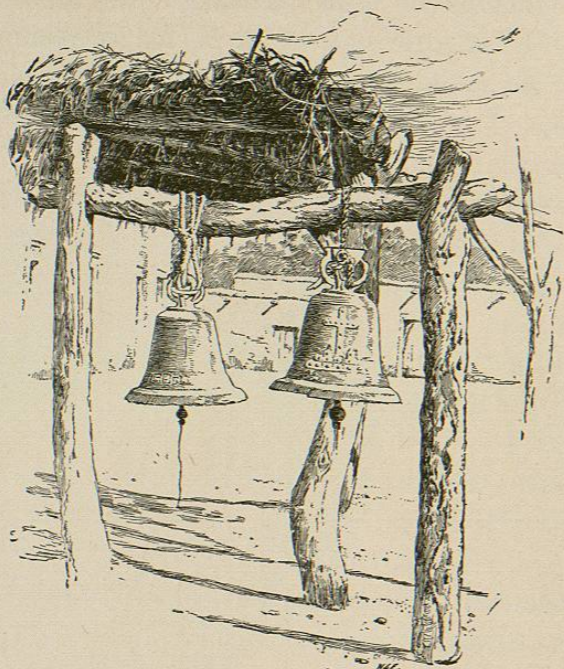


diferentes territorios. Era un encanto la primera vista que ofrecía la magnífica extensión de agua que forma el río cerca de la ciudad de Opoto, al torcer lentamente su corriente por entre verdes arbustos. Es el más grande de la costa occidental de México, y corre allí como á 1400 pies sobre el nivel del mar.

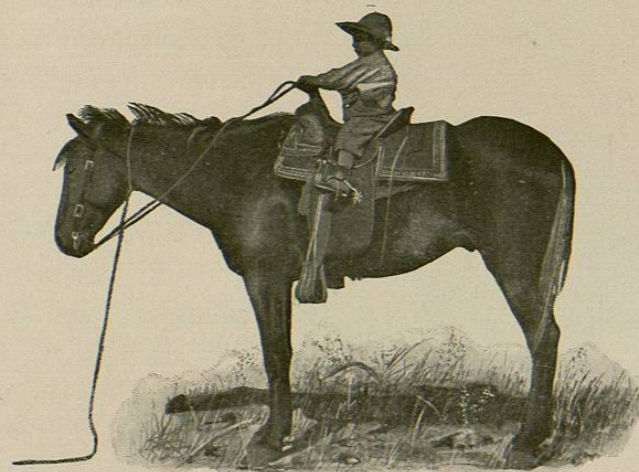
Siguiendo el río con dirección al sur, pronto pasamos por los pueblos de Guasabas y Granados. La vegetación



Unas campanas en Opoto.

de las márgenes ofrece vivo contraste con la del terreno en general. Hay sembrados de caña de azúcar, y en las huertas, los naranjos, las higueras y las limas crecen en abundancia. La región, aunque fértil, es seca y el calor muy grande. Aun á fines de octubre, el termómetro registraba algunas veces 100° F, á la sombra. La yerba se había secado y era escasa, lo que dificultaba conservar los animales en estado satisfactorio.

Este territorio estuvo alguna vez en poder de la gran tribu de indios ópatas, que se han civilizado. Han perdido su lengua, religión y tradiciones; se visten como los mexicanos, y no se distinguen en su apariencia de la clase trabajadora de México, con la que se han mezclado por completo, debido á matrimonios frecuentes entre unos y otros. Conforme pasábamos por los caseríos, nuestra numerosa comitiva y avíos producían gran sensación y sacaban á la gente de la quieta rutina de su existencia diaria. Acostumbraban rodear mi



Un buen jinete.

tienda, especialmente por las mañanas y las noches, dando con ello la apariencia de una subasta que se verificase dentro de ella. Algunos querían venderme cosas fáciles de adquirir, como gallinas y pancha. Una mujer me ofreció tres pollos por un peso. Le dije que pedía un precio demasiado alto, puesto que los pollos no valían más de veinticinco centavos cada uno; pero ella insistió en que necesitaba un peso, porque se lo había prometido al padre para que dijese una misa por un hombre que había muerto en tiempo de Hidalgo, á principios del siglo.

Pero la mayor parte de aquella gente acudía á mi tienda

para consultarme sobre sus dolencias. Era en vano decirles que yo no era médico y que no tenía medicinas de sobra, pues no llevaba sino las que consideraba necesarias para los que me acompañaban. De haberles dado todo lo que necesitaban, nuestro escaso surtido habría quedado exhausto desde el primer día; y ellos, para ablandarme el corazón, me enviaban melaza, cañas de azúcar y cosas por el estilo. Una pobre mujer que padecía de cáncer llegó



Mexicano de Opoto.

hasta ofrecirme su burro si la curaba, oferta equivalente en su grado á todos los millones de un magnate de Wall Street, pues que el burro era cuanto ella poseía sobre la tierra.

Todos estaban ansiosos de que les tomara el pulso, ya fuera que estuviesen enfermos ó no. Creían á ciegas que con este misterioso contacto podría decirles si estaban afectados de alguna enfermedad y cuanto tiempo habrían de vivir. Una mujer en cinta me pedía que le tomara el pulso y le dijera cuando nacería su criatura. Abrigo la esperanza de que mis consejos prácticos y las pocas medicinas que pude darles hayan aliviado algunos de sus dolores de espalda y de costado, sus uñeros,

toses, fiebres y escalofríos, y sobre todo su indigestión, que es el mal reinante en aquella parte del país. Pero confieso que llegué á verme cansado de tales consultas. Á causa de frecuentes matrimonios entre personas allegadas hay allí muchos sordomudos, y la epilepsia y la demencia no son nada raras tampoco.

En cambio, se me aseguró que los ladrones eran desconocidos. Sea lo que fuere, lo cierto es que los mexicanos del oriente de Sonora son excelentes personas. Fueron para mí muy agradables en su trato, muy activos y obedientes; no desearía, por cierto, hombres mejores que los que tenía á mi servicio, y casi todos eran de aquellos lugares. El pueblo es pobre, pero genuinamente hospitalario. Eran, por supuesto, ignorantes, y no podían, por ejemplo, reconocer de un billete otra cosa sino que era verde. En cada población, sin embargo, encontré uno ó dos hombres comparativamente ricos, que sabían del mundo algo más que los otros, y que me ayudaban en mis dificultades, yendo de casa en casa á fin de reunir todo el dinero en efectivo que podía haberse, y el café y azúcar que hallaban para completar el resto del cambio. Es un hecho que nunca hubiera logrado avanzar tan bien si no hubiera contado en todas partes con la actitud amistosa y solícita de los mexicanos. Como ejemplo diré que cuando la gran escasez de yerba se comenzó á hacer sentir seriamente en los animales, fui ayudado eficazmente por la cortesía de algunos individuos de influencia. Sin ningunas cartas personales de presentación, recibía muchos servicios siempre que mostraba mis cartas de recomendación del Gobernador del Estado, y se me hacía un cordial recibimiento.

Quedé tan vivamente impresionado por la prontitud de la gente en atenderme y servirme, que consigné en mi libro de notas la observación siguiente:—"Encuentro á los mexicanos más corteses que ninguna otra nación de aquellas con que he estado en contacto." He tenido la fortuna de viajar

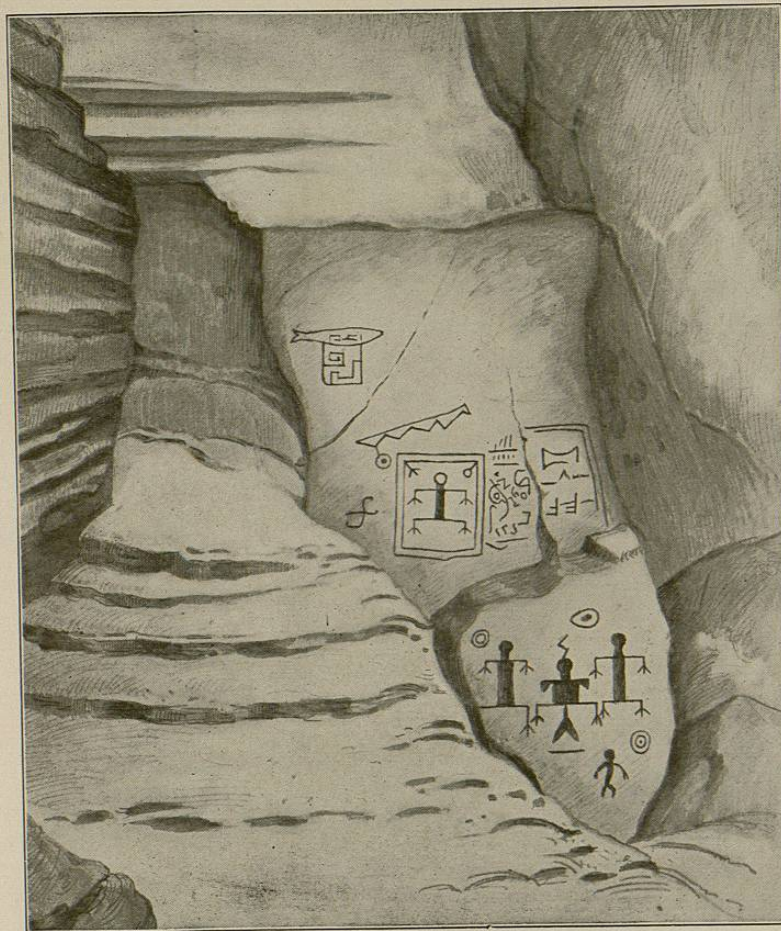
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

durante años en México, y mi experiencia de su pueblo no ha hecho mas que arraigar la grata impresión que recibí al principio. Todo el que viaje en dicho país bien recomendado, y se porte como un caballero, puede estar seguro de quedar agradablemente sorprendido de la hospitalidad y solicitud de todos, altos y bajos, y de que no es una vana frase de cortesía la empleada por el mexicano que "pone su casa á la disposición de Ud."

Es de la mayor importancia el llevar de arriero principal á un hombre conocedor del cuidado que debe prestarse á los animales. No es uso en México, como en toda la Australia, lavar el lomo de los animales tan luego como se les quitan los aparejos ó las sillas, precaución muy benéfica que fortifica la piel é impide la inflamación y las mataduras. Acá no lavan á las bestias de carga hasta que el daño está hecho, teniendo entonces que cuidar la hinchazón y curar las heridas. Si no se les atiende cuidadosamente desde el principio, pronto se enferman los animales, inutilizándose algunos para el servicio, y perdiéndose mucho tiempo en las mañanas y en las noches en curarlos. Por el descuido de algunos arrieros perdí varias mulas de valor, á consecuencia de las mataduras. En verano, las moscas verdes agravan el daño depositando en las grietas de la piel sus larvas que se desarrollan en muy corto tiempo. Hay, por supuesto, muchos medios de librar al animal de esta peste, pero allí, como en todas partes, la proverbial onza de precaución vale más que una libra de cuidado.

Llegó á mis noticias el caso curioso de un hombre cuya vida estaba amenazada por las cresas de una mosca verde. Era un soldado que había perdido en un combate la nariz, quedándole cortada de manera que las fosas nasales se hallaban enteramente expuestas al aire. Una noche que, ebrio, se encontraba dormido, una mosca le depositó sus larvas en la nariz y cuando le germinaron, parecía que aquel hombre iba á ser devorado vivo por ellas. Le di algún alivio laván-

dole con una jeringa las partes enfermas, con una solución de sublimado corrosivo. Después un mexicano inteligente que tenía gran conocimiento de numerosas plantas medicinales del país (muchas de las cuales, sin duda, son utilísi-



Rocas esculpidas cerca de Granados.

mas), atendió al paciente, y en dos días pareció quedar el desgraciado en buen camino de sanar.

Cerca de Granados me hablaron de unos petroglifos ó figuras esculpidas en las rocas, y envié á Mr. Stephen á exa-

minarlas. Los mexicanos llamaban á los diseños "cara pintada"; hallábanse á sólo dos millas y media al N.O. de la ciudad, y eran interesantes. Los dibujos estaban rudamente grabados á pico en las rocas de felsita, bastante suaves, sobre un tajo perpendicular de la parte baja de la sierra, como á cuarenta pies sobre el lecho del arroyo ó quiebra. Todas las figuras humanas estaban diseñadas en el estilo característico que encontramos más al norte, figuradas las manos y los pies con tres líneas radiantes, á semejanza de pisadas de pájaro. El tamaño de la figura, esculpida dentro de una especie de marco, es de veinte pulgadas de ancho por veinticuatro de largo, y cada una de las tres figuras del grupo próximo de abajo, tenía como 18 pulgadas de altura. Algunos de los dibujos representan evidentemente á la libélula deificada que se ha encontrado casi donde quiera entre las ruinas de Arizona y el norte de México. Hay también círculos concéntricos, la espiral de forma convencional y el dibujo del laberinto, tan común entre los indios americanos del norte y todavía usado entre los moquis. Nuestro botánico, Mr. Hartman, me llamó la atención hacia un interesante cacto que presenta hermosamente la forma de un candelabro, y que alcanza una altura de tres á cinco pies. Al envejecer, los nudos extremos de las ramas se ponen macizos y pesados, y son fácilmente arrancados por el viento. Los nudos, como todas las demás partes de la planta, están enteramente cubiertos de numerosas espinas de una pulgada, y muchos de ellos, al asegurarse en la tierra floja y húmeda, crían raíces en donde caen. De este modo se forman muchas nuevas plantas que crecen alrededor de la planta madre. En las pedientes, las plantas pequeñas forman hileras como de cuarenta pies de extensión. Producen también fruto, pero muy escaso en comparación con el de otras especies de cactos que crecen en las cercanías.

CAPÍTULO II

NOTABLE PIEZA ANTIGUA—UNA NUEVA ESPECIE DE PLANTA DE CIENTAÑOS—LLEGADA Á NACORI, AL PIE DE LA SIERRA MADRE—TRINCHERAS—UN COLMILLO DE MAMUT—TREPANDO LA SIERRA MADRE—DESCUBRIMIENTO DE UNA NUEVA ARDILLA—SOLEDAD EN LA SIERRA—MONUMENTOS APACHES—LLEGADA Á LO ALTO DEL RÍO BABISPE.

DE Granados marchamos hacia el oriente, pudiendo al fin cruzar el río Babispe que, á causa de las fuertes lluvias en la sierra, había estado por algún tiempo desbordado. Partiendo de este punto, de donde el terreno va



La iglesia de Bacadehuachi.

ascendiendo gradualmente, llegamos á Bacadehuachi, pequeño pueblecillo notable por su iglesia, maciza construcción de adobe, cuyo aspecto parecía un tanto fuera de proporción